

DIARIO DE UN ZOMBIE

*"De las cenizas de un mundo devastado, surge una amistad
que va a cambiarlo todo..."*

Al pequeño Albert, mi maravilloso sobrino.
A la vida misma.

DIARIO DE UN ZOMBI

© 2010 de la presente edición T. Dolmen Editorial sobre la presente edición

Autor: Sergi Llauger

Primera edición: Mayo 2010

ISBN: 978-84-937544-5-7

Depósito Legal:

C/Mateu Obrador nº 1, bajos

07011 Palma de Mallorca

dolmen@dolmeneditorial.com

Director colección: Álvaro Fuentes.

Corrección: Elsa Otero.

Maquetación interior: Llorenç P. B.

Diseño y dibujo de portada: Alejandro Colucci.

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida ni distribuida por sistema electrónico o mecánico alguno sin previa autorización escrita de su propietario o del editor, salvo para uso informativo. Todos los personajes y sucesos en esta publicación, más allá de los que son claramente del dominio público, son ficticios y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Precio en Canarias, Ceuta y Melilla incluye gastos de transporte. Dirección: Sandro Mena. Editor: Vicente García.

DIARIO DE UN ZOMBI

SERGI LLAUGER

*"De las cenizas de un mundo devastado, surge una amistad
que va a cambiarlo todo..."*

«Para que triunfe el mal, sólo es necesario
que los buenos no hagan nada.»

Edmund Burke (1729-1797), político y escritor irlandés.

BARCELONA

Parte I

Permitid que me presente. Me llamo Erico Lombardo y soy de Verona, una bonita ciudad a la sombra de Venecia donde nos gusta alardear de que nuestros spaghetti a la napolitana son los mejores de todo el nordeste de Italia y, por ende, los segundos mejores del mundo. Es una suerte que Nápoles, su lugar de origen, esté al otro lado de «la bota».

En fin, basta de trivialidades; no es mi intención sacar a relucir mi orgullo italiano, y, por muy tercos que os pusierais, jamás os revelaría nuestra receta secreta. Permaneced atentos, porque lo que hoy voy a contaros es algo mucho más interesante para vuestras mentes y enriquecedor para vuestras almas: ni más ni menos que la trayectoria de mi variada, vertiginosa y, a menudo, poco gratificante vida.

Tranquilos, no empezaré desde el principio. Soy consciente de que esperaréis oír algo consistente, no soporífero. Por eso me centraré principalmente en este último año, tomando como punto de referencia mi llegada a Barcelona; y os garantizo que vais a estar encantados de escucharme. Pero antes, una pequeña introducción.

Tengo 23 años. Y en cuanto a mis aficiones, os diré que me apasiona la lectura, viajar por el mundo en busca de aventuras y el deporte; el atletismo, básicamente. Así pues, no os podéis imaginar la agilidad que he desarrollado durante todo este tiempo. Y es que, cuando se trata de correr, por poner un ejemplo, no tengo rival. Realmente me enorgullezco de ello, y en general me ha facilitado bastante las cosas.

A pesar de ser un muchacho más bien alegre, siempre me ha gustado cierto grado de soledad... Bueno, no siempre; digamos que desde que todo cambió, mis valores también lo hicieron. Últimamente, esa soledad me afecta de una forma distinta; empiezo a tener pensamientos que se repiten más de lo deseado, como ¿qué está bien? o ¿qué está mal? Atisbos de razonamiento ilógico que no tendrían que estar ahí. Yo cumplo un papel en el nuevo ecosistema y no debería

ser éste, por Dios que no debería. Y hablando de Dios: si pudiera, le preguntaría por qué he de ser yo, de entre mis numerosos homólogos, el diferente. Aunque, si lo pienso bien... ¿qué más dará Dios? Probablemente él ya hizo sus maletas hace mucho tiempo para largarse a algún lugar más soleado, lejos de este mundo de locos. Así que, insisto, ¿qué narices importará Dios?

Algunos diríais que mucho, otros diríais que nada. Pues yo os digo que, a lo largo de esta especie de fábula que haré esfuerzos por relatar, comprenderéis que no todo es blanco o negro: también existen los molestos grises.

Por cierto —y antes de que se me olvide—, soy un zombi.

¡Tachán! ¿Sorprendidos? Parece increíble, ¿eh?

Más me lo pareció a mí cuando los no muertos acabaron por conquistarlo todo: mi casa, mis amigos, mi familia, mi patria, mi ciudad, Barcelona, el país entero... Todo el jodido mundo se ha ido al garete por culpa de «la plaga andante»; así nos llaman. Apuesto a que le puso este nombre algún friki amante de las películas de terror de serie B. No obstante, eso ya no importa. La cuestión es que, hoy por hoy, hay más cadáveres andando por las grises y funestas calles de los que se hallan reposando en todos los cementerios de este macabro y devastado planeta.

Claro que a mí eso me da igual. Yo no pertenezco a la minoría de humanos desdichados y atemorizados que aún quedan atrincherados en los edificios, barrios o ciudades fortaleza. Y eso, si han sido listos...

No, yo pertenezco a los no muertos; huelo mal y me pudro igual que ellos —de hecho, el otro día tuve que pegarme un trozo de oreja con loctite—. Joder, ¡me gustaban mis orejas! Mi ex novia solía decirme que eran perfectas. En fin, que soy como ellos. Pero, por algún motivo, durante la transición, cuando me mordieron hace ocho meses y me lo arrebataron todo, hubo una sola cosa que no pudieron quitarme: el alma.

Pues sí: soy un caminante, soy un asqueroso y putrefacto zombi, pero conservo una parte humana; pienso, razono, y hasta he conseguido desarrollar estímulos cercanos a los sentimientos. Seguramente lloraría si los nervios lacrimales me funcionasen, y me reiría a carcajadas si mi creador no hubiera arrancado parte de los músculos maxilares de mi cara de un mordisco. ¿Os imagináis la putada que es eso?

Me he pasado meses enteros intentando encontrar a alguno como yo, pero al final he desistido; no son más que máquinas estúpidas y bobas que ignoran todo aquello que no contenga un corazón palpitante en su interior.

O sea, que me remito a cuando decía que estoy solo, pero solo de verdad. Atrapado en mi cuerpo ultrajado, cuyas necesidades fisiológicas — o, para ser más precisos, la carencia de ellas — han cambiado hasta límites insospechados.

De todas formas, no os preocupéis por mí. Lo llevo bastante bien. Ya me he acostumbrado a mis catorce grados de temperatura corporal — os aseguro que cuando se es consciente de ello, resulta muy molesto —. Por lo demás, voy arrastrándome satisfactoriamente.

Así que todo va viento en popa, vamos.

Sólo hay un pequeño problemilla, y es que yo soy un zombi, vosotros sois humanos... y empiezo a tener hambre.

Parte II

Calma, no temáis. No voy a comeros... de momento, claro.

Si algo he aprendido durante estos últimos meses es a no decir nunca «de esta agua no beberé y este cura no es mi padre». Y es que quién me iba a contar a mí que un día me vería arrodillado sobre el frío, húmedo y pestilente suelo de una alcantarilla cualquiera de la ciudad devorando a mordiscos a una pobre rata que me recordaba a la de cierta película de Pixar.

Lo siento, amiguita, pero yo no elegí esto. Aún respeto la vida humana lo suficiente como para, al menos, intentar evitar lo inevitable. Sin embargo, sé que algún día la atracción por la carne fresca será superior a mí. Soy un zombi, leñes. Es como si le dices a un adolescente que no se masturbe porque se quedará ciego. Sabe que está mal, pero tarde o temprano eso acaba explotando. Pues a mí me pasa igual.

Lo más jodido es que, técnicamente, no necesito comer para vivir, o para mi no vida. La comida que ingiero tal como entra sale, ya me entendéis. Debido a que mi cuerpo está muerto, no hay digestión que valga. Pero es escuchar el pulso de un sistema cardiovascular sano y mis hormonas, o lo que quiera que sean ahora, se disparan en mil direcciones. Instinto, supongo. Menuda jugada...

Resumiendo, que ahí estaba yo, atrapando a esa espantosa y peluda rata con mis propias manos, pidiéndole perdón cuando le devoraba el trasero mientras la pobre criatura me miraba como la mismísima Janet Leigh en la escena de la ducha de *Psicosis*.

Ésa fue mi primera vez; ha habido muchas más, pero ésa en concreto será difícil de olvidar. ¡Demonios! ¿Cómo se le ocurre a un zombi como yo —por aquellos tiempos pulcro y refinado— comerse a semejante roedor sin quitarle el pelo primero? ¿Qué creéis que pasó? Bueno, pues os confieso un secreto: los zombis también vomitan. Pero no por escrúpulos, como ocurrió en mi caso. Esos de ahí no

tienen miramientos. A ellos les pasa sobre todo cuando han ingerido tanta comida que no les cabe en la barriga. Ya he visto varios casos de cerca, y podéis creerme, es encantador...

Lo mejor de ser un zombi es que el peligro se invierte. Dejas de ser perseguido por zombis para ser perseguido por humanos. Sin embargo, estos últimos escasean en los tiempos que corren, así que, cuando te cambias de equipo, tu esperanza de vida pasa de 0 a 100 en cuestión de segundos.

Bueno... depende, también existen los accidentes.

Recuerdo que pocas semanas antes de mi gran salto, apareció ante nuestro campamento –en el centro comercial de la Vila– un tipo rechoncho y unicejo llamado Jean Carlo. El pobre diablo llegó con prisas en una fría mañana de noviembre, golpeando jadeante los barrotes de la barricada que habíamos levantado a modo de defensa en las puertas del complejo.

– Per favoreeee!!! Porca puttana! Pero chè cosa chècosaCHÈCOOOO-SAAAA! – gritaba sin parar.

Y no me extraña; instantes después de permitirle el paso y cerrar de nuevo la tapia, unas dos decenas de muertos vivientes aporreaaban la puerta como si fuera el puñetero FBI alegando una orden de registro.

Tuvo suerte de ser italiano –por lo que nos explicó más adelante también tenía ascendencia francesa–. Digamos que fue un acto de camaradería por mi parte convencer al resto del grupo de que le dejásemos entrar.

La cuestión es que el hombretón resultó ser un personaje divertido. Antes del Apocalipsis, trabajaba como chef en uno de los restaurantes-pizzería del paseo de la Marina. Por lo visto, se había quedado escondido dentro del local, cebándose como un pequeño becerro que necesita mamar, hasta que los víveres se acabaron y tuvo que salir a por más.

Qué huevos...

Una noche, mientras una horrible tormenta azotaba con sus truenos la cúpula de cristal del techo y creaba figuras danzantes sobre el lúgubre suelo del centro comercial, nos reunimos todos los supervivientes en círculo, tapándonos con mantas, a la vera de una pequeña estufa de gas que cogimos prestada del supermercado. Sentados

como una alegre tropa de *boyscouts*, nos dispusimos a contar nuestras vivencias desde que todo el desastre empezó.

Resulta que Jean Carlo intentó convencernos a todos de que había aprendido a acercarse sigilosamente por detrás de un zombi y retorcerle el cuello al más puro estilo «comando tras la línea enemiga». Según él, había desarrollado esta técnica, en parte, gracias a los nueve meses que antaño había pasado en el ejército de tierra. Nadie se lo quiso poner en duda, pero, al contemplar su aspecto «fuertecito» y sus rollizos mofletes, nos costó tragarnos el hecho de que fuera una especie de ninja antártico. Yo creo que más bien era un flipado del copón. Y es que, una vez, cuando le pregunté si podía llamarle por las siglas «JotaCé» (J.C.) — para abreviar, más que nada —, me miró fijamente arqueando su única y enorme ceja y, con total seriedad, me respondió:

— Mejor llámame CeJota.

Joder, aún me estoy descojonando. Si quería parecer más *cool*, no lo consiguió, desde luego.

En fin, un gran tipo. Lástima que cayera en la primera incursión que hizo con nosotros sobre la ciudad. El hecho ocurrió casi por gentileza de un no muerto que se escondía debajo del coche en el que C.J. creyó oportuno apoyarse para recuperar aire.

De ahí que os hablara hace un momento de los accidentes. Cuando aquel zombi emergió desde el hueco inferior del vehículo y le agarró por el tobillo, Jean Carlo gritó algo ininteligible, al tiempo que saltaba como si fuera un mono de feria y, por supuesto, nos ponía a todos los del grupo en alerta.

«Gracias, C.J., pero la próxima vez no te quedes ahí y apártate un poco, soldado.»

Uno de los de la cuadrilla, que tenía la mala costumbre de disparar cerrando con fuerza los ojos, mató al podrido a balazos, sí, pero también le dio al pobre chef de lleno en la cara, justo en el entrecejo, arreglándole definitiva e irónicamente aquel pequeño detalle que tanto le afeaba.

No tomamos represalias — como ya he dicho, fue un accidente —, pero Óscar, el que disparó, no volvió a coger un arma durante el resto de su corta vida.

¡Ah! Qué tiempos aquellos en los que cada uno debía cuidar de su propio trasero. Y qué ambigua se me antoja ahora la supervivencia, pues no sé si echarla de menos o alegrarme de que llegara a su fin.

Parte III

Tengo una pregunta que haceros: ¿Os gusta el cine?

Admito que a mí no me gustaba demasiado antes de «mudar la piel». A excepción de algunos casos que eran de mi interés, la mayoría de producciones se me antojaban como una forma vaga, pero definida, de hacer que una serie de gente que sólo se preocupaba por el dinero consiguiera precisamente eso: dinero.

Tampoco es que yo dispusiera de demasiado tiempo libre, la verdad. Mi vida era bastante ajetreada, y si podía tomarme un respiro, solía dedicarlo a otros menesteres.

Sin embargo, ahora... bueno, ahora es más bien todo lo contrario. Precisamente tiempo libre es lo que me sobra.

Pensadlo bien: ¿Qué haríais vosotros en mi situación? Imaginad que tenéis toda una ciudad cosmopolita como Barcelona a vuestra entera disposición. De acuerdo; está en ruinas, apesta a cloaca y a carne putrefacta, la invade una bruma ennegrecida por las noches y un gris plomizo durante el día. No hay luces encendidas por ninguna parte, y las pocas que quedan seguramente parpadeen intermitentemente, sin que nadie las contemple, bajo las estaciones de metro abandonadas. Pero aun así, es vuestra ciudad. Nadie la reclamará jamás, y vosotros sois el único zombi del mundo al que podrían darle el récord Guinness de coeficiente intelectual.

Por lo tanto, repito: ¿Qué haríais?

Antes de responder, dejad que os cuente algo.

Era el decimoséptimo día de mi no vida. La ciudad estaba sitiada, condenada por completo. Yo me mantuve al margen, por supuesto —más que nada por cuestiones de ética—. Pero decidí subirme al tejado de alúmina de un pequeño quiosco colindante con la antigua Plaza Cataluña y contemplar desde una distancia media cómo un grupo de, aproximadamente, doscientos zombis —que con el paso de los minutos se convirtió en una auténtica multitud— aporrea-

ba ininterrumpidamente el fino portón de acero forjado de un gran almacén, cuyo nombre tenía algo que ver con un británico que se había cortado.

Al final, y por pura imposición de las leyes de la física, los muertos consiguieron echarlo abajo. Y como si de una colonia de ratas huyendo del peligro se tratara, fueron entrando hacia el interior del establecimiento, formando una indomable masa voluble que avanzaba a empujones arrebataadores e impulsivos. Sólo que ellos no eran ratas y, desde luego, no huían de nada ni de nadie.

Sabía perfectamente lo que querían. No hubo dudas al respecto. Incluso desde donde yo estaba, sentado en mi butaca VIP de primera fila, podía oler la sangre de las, al menos, quince personas que se resguardaban dentro de aquel edificio. No olvidéis que los podridos tenemos un sentido del olfato increíblemente desarrollado. Es lo que tiene mirarte al espejo por las mañanas, poder contemplar parte de tu tráquea y aun así comprobar que sigues en pie. El caso es que, durante las siguientes tres horas, lo único que se escuchó en el ambiente crepuscular fue un popurrí de gritos. Algunos más agudos que otros, pero todos y cada uno de ellos eran de auténtico terror, dolor y angustia. Pasado ese tiempo, los gritos fueron ahogándose y haciéndose cada vez más escasos hasta que de pronto cesaron. Punto final. El espectáculo había terminado.

Reconozco que al menos fue entretenido. Pero a partir del mismísimo instante en que me bajé del quiosco y eché a cojear, se me formuló en la cabeza un problema bastante inquietante. Y es que si yo era prácticamente inmortal, ¿qué coño haría para distraerme?

Pues muy fácil: ir al cine.

Lo vi bien claro una vez cruzada la solitaria Gran Vía. Ahí estaba, enfrente de mis narices, un enorme cartel con letras polvorientas que rezaba: «COLISSEUM. *Soy leyenda*. Will Smith».

Manda cojones...

Yo nunca he sido ningún manitas, pero digamos que al menos sé darle a la palanca, y más si al lado de dicha palanca está escrita bien grande la palabra ON.

Así de fácil fue poner en marcha el generador de energía autosuficiente del que disponía la sala de controles del cine. Y no fue mucho más difícil encajar la película de nuevo en el proyector.

Como un niño con zapatos nuevos, bajé corriendo (maldito rígor mortis, obviaré contaros la hostia que me pegué) por las escaleras de alfombra roja que llevaban hasta la sala y escogí un asiento en medio de dos cadáveres femeninos que, al igual que muchos otros repartidos por la estancia, seguramente decidieron en su día guarecerse allí dentro, al amparo de los peligros exteriores, hasta que murieron de inanición. Curiosamente, no se esmeraron mucho en fortificar y proteger la entrada. Menudo misterio...

A lo que iba; los títulos ya se deslizaban por la pantalla, y entonces apareció aquella doctora hablando sobre una especie de cura contra el cáncer. A partir de ahí me dejé atrapar por la magia de Hollywood y durante esos cien minutos de metraje sólo existimos yo, el doctor Robert Neville y... bueno, mis dos tímidas acompañantes. Conseguí olvidarme absolutamente de todo lo demás. Por fin me liberé. Fue como si cogiera gran parte de mis problemas, los metiera en una olla y le pasara la patata caliente al bueno de Will. Me atrevería a decir que por primera vez desde que todo empezó, fui feliz.

Con el tiempo se convirtió en mi película favorita. ¡Y no me extraña! Era la única que había en todo el jodido cine...

Cada día volvía y me sentaba en mi asiento preferido para verla una y otra vez, hasta el punto de que llegué a saberme los diálogos de memoria y podía recitarlos al unísono con la propia proyección.

En cuanto a mis dos queridas contertulias, a menudo hablaba con ellas para comentar la película. Incluso solía bromear y contarles el final para fastidiar, pero nunca se quejaban. A la que tenía a mi derecha la llamé «señora Doubfire». Se notaba que en vida había sido obesa. Y, aunque el nivel de putrefacción ya le había hecho perder varios kilos y pigmentación, lucía un detalle en su cara que seguía intacto e impoluto: su enorme y blanca dentadura postiza.

En lo que respecta a Lora, la despampanante morenaza de mi izquierda, confieso que tenía un cuerpo de escándalo. Al menos durante las primeras semanas, claro.

Yo soy un zombi, y el sexo no me llama, pero, por ejemplo, sigo reconociendo a una chica guapa cuando la veo en cualquier cartel de publicidad. No sé si me explico.

La cuestión es que, por curiosidad, por capricho, o más bien por ambas cosas a la vez, solía masajearle el pecho derecho mientras dis-

frutaba de la película. Fue reconfortante hasta que un día me quedé con un trozo de glándula mamaria en la mano.

A partir de ese día decidí que lo mejor era cambiar de cine.

¡Ay, Lora, Lora...! ¿Sabéis que no le puse ese nombre —el mismo que el de mi ex novia— hasta después de ese pequeño incidente? Y es que me recordaba demasiado a ella, que también era morena y muy guapa aunque siempre supe que le faltaba algo.

Parte IV

Es curioso pararse a observar el comportamiento de mis congéneres zombis. Al gozar de total inmunidad frente a ellos, puedo pasearme libremente por su lado sin que ni siquiera se molesten en girar la cabeza para saludarme.

A veces me paso horas enteras contemplándolos, y, después de estudiarlos detalladamente, he llegado a la conclusión de que si no hay sangre humana de por medio, generalmente son menos peligrosos de lo que podría serlo una mosca cojonera.

Os contaré algunas de las reacciones que más me han llamado la atención. Por ejemplo, cuando agarras a un zombi por el brazo y tiras de él poco a poco, te sigue como si fuera un niño de tres años cogido de la mano de su madre. Como mucho, suelta algún gruñido de vez en cuando, pero nada preocupante. El pobre inútil seguramente estará maldiciendo a su manera, aunque es incapaz de imponerse o de plantar cara. Eso sí, el resultado sería bien distinto si intentara hacer lo mismo un humano. Digamos que, accidentalmente, se quedaría sin cabeza.

Una vez tuve la brillante aunque macabra idea de escoger a un zombi cualquiera de la calle e intentar usarlo como mascota. Lo llamé Felpudo, más que nada por el peinado tan extravagante que llevaba. Con lo delgado que estaba, visto a contraluz parecía una esterilla de baño de metro ochenta. El caso es que lo llevé de la mano hasta mi cuartel general, un piso franco abandonado del que dispongo en la calle Caspe. Ir ahí de vez en cuando me proporciona una agradable sensación de armonía. No sé por qué, la verdad, puesto que puedo vivir tranquilamente a la intemperie. A lo mejor la razón estriba en que tener un sitio fijo donde aposentar mis zombificadas posaderas cuando me plazca es el único lazo que aún me une a mi anterior vida.

De todas formas, ese piso me gusta. Tiene todo lo que un zombi *sapiens* pueda necesitar: televisión — aunque no den nada intere-

sante últimamente —, un sofá destartado bastante cómodo y una mesa llena de comida podrida que me proporciona unos gusanos de lo más suculentos mientras me siento a ver una buena película en DVD. El edificio es bastante antiguo, pero lo escogí porque dispone de unas hermosas placas solares instaladas en la azotea que la Generalitat de Catalunya subvencionó en un generoso programa de reformas iniciado años atrás. No eran nada del otro mundo, pero al menos cumplían su función de darle sustento eléctrico a mi creciente ocio cinéfilo.

¡Hogar, dulce hogar! Creo que a Felpudo también le gustó cuando entró siguiéndome por la puerta como un perrito faldero. Intenté ser amable, evidentemente. Lo acomodé en el sofá, le ofrecí una cucaracha con la mano silbándole desde la mesa e incluso me puse a zapatear como un bufón para ver si conseguía suscitar mínimamente su interés. Pero nada. Seguía mirándome como si él fuera un yonqui pasado de vueltas que no entiende qué hace ahí un elefante rosa.

La auténtica revelación vino poco después. De sobra es sabido que los muertos, a veces, tenemos espasmos incontrolables. Sobre todo si se forma algún gas en el interior que pide a gritos salir. Seguramente no es de vuestra incumbencia, pero tengo que decir que lo que a Felpudo le salió de dentro no fue una ventosidad. Aquello era gas mostaza por lo menos. No os podéis hacer a la idea: hablo de un puto viento huracanado de mal gusto ante el cual hasta un camión de doscientos kilos habría sucumbido irremediablemente. La furia de su increíble y monstruosa flatulencia hizo retumbar el sofá de tal manera que el mando del televisor se deslizó y cayó al suelo, encendiendo el aparato por casualidad.

¿Habéis visto qué le pasa a un zombi cuando tiene delante una pantalla que emite estática?

Sólo el ruido de por sí ya consigue captar su atención. Pero es que luego se quedan completamente hipnotizados. Y ahí estaba Felpudo, reaccionando por primera vez — después de haberme dejado el piso con un aroma a diarrea nerviosa que no se iría en años —, gateando como un bebé hasta plantar su embobado rostro a un centímetro del reflector.

En las dos horas que estuve observándolo, ni se movió. De alguna manera, ese hormigueo inestable conseguía atraparle con tal mag-

netismo que, aunque hubiesen estado personas vivas jugando a las cartas a su lado, él no se habría inmutado. Pensé que este descubrimiento seguramente podría serme de utilidad en un futuro.

Durante los días posteriores, como generalmente se portaba bien, le ponía un rato su canal favorito. Así Felpudo dejaba de existir, y yo podía ocuparme de otros asuntos tales como poner más comida al sol para generar más «palomitas», ir a la tintorería de la esquina para hacer la colada o incluso pasearme por las desatendidas tiendas de barrio por si se me antojaba cualquier cosa que pudiera aportarme algo de ocio, o simplemente hacer que mi no vida fuera más fácil.

Todas y cada una de las veces que volvía, mi podrido huésped seguía ahí sin haberse movido ni un ápice.

Mentiría si dijera que no llegué a cogerle cierto afecto. Era lo más parecido a un amigo que tuve. Vale, no hablaba mucho, pero al menos me hacía compañía mientras yo veía una película, jugaba a la videoconsola o leía un buen libro a la luz de una vela. Nevara, lloviera o hiciera sol, él permanecía a mi lado, calladito y mirando al horizonte como si fuera una esfinge. Si alguna vez se oían ruidos del exterior, tales como un grito humano —lo que ya raras veces sucedía—, se ponía muy nervioso y gruñía. Pero entonces sólo tenía que hacer «click» con el mando de nuevo y la estática se encargaba de devolverme al Felpudo amansado de siempre.

Fueron tiempos agradables, ya lo creo.

Si hay algo que con el tiempo cambia en el cuerpo de un zombi —aparte de que cada vez está más morado— es que los pelos y las uñas siguen creciendo. Y así llegó el día en que aquel peinado tan simpático y distintivo que llevaba mi amigo terminó convirtiéndose en una enorme pelota de pelusa a lo «afro». ¡Señor! No podía soportarlo. Me pesaba en el fondo del alma contemplar semejante aberración y no hacer nada al respecto. Así que al final hice lo que todo buen colega debería hacer: salir a la calle a por una afeitadora automática.

Cuando yo era pequeño, me planteé numerosas veces qué querría ser de mayor. Algún día os contaré cómo me ganaba la vida, pero, de cualquier forma, me alegro de que nunca optara por hacerme estilista.

¡Ay! Mi pobre compañero Felpudo... «Felpi» para los amigos. La esquiladora era buena, al menos era la que marcaba el precio más

alto, pero el problema era que su pelo estaba soldado literalmente a su cuero cabelludo. Había llegado a un punto en que la falta de higiene (por llamarlo de una forma fina) lo había convertido en alfileres de carpintería.

Todo sucedió muy deprisa. Y es que tuve que aplicar más fuerza de lo normal para poder empezar a operar, con tan mala fortuna que al final se me escapó la mano y le creé una autopista de piel desnuda de punta a punta de la cabeza. Joder, parecía el mismísimo Moisés separando las aguas.

—¡Ups! — solté tímidamente mientras él me miraba como un perro de orejas caídas.

A pesar de ser consciente del desastre que había creado, no me quedó otra que intentar reparar lo irreparable. Me decanté por la opción más fácil: la de raparle la testa entera a base de tirones y trasquilones. Para cuando terminé, le había dejado al infortunado Felpudo una mollera más lisa que una bola de billar, pero con una serie de rojeces bastante feas, tanto, que de haber estado vivo obviamente me habría puesto una demanda. Si antes aparentaba ser una esterilla, ahora directamente era una cerilla.

Pasado un tiempo, decidí que lo mejor para aliviar la tensión que de alguna manera se había generado entre nosotros sería sacarlo a pasear un rato.

Mientras íbamos deambulando por la calle, yo conversaba abiertamente, contándole cosas irrelevantes al tiempo que le hacía de guía. De esa forma llegamos a la altura de una gran avenida, donde de repente nos topamos con una enorme masa de zombis que marchaba en dirección oeste, en una especie de «peregrinaje de la muerte». Vete a saber hacia dónde irían. Quizás de procesión, o tal vez migraban en busca de alimento.

Yo pertenezco a su mundo, pero no soy del todo como ellos. Podría decirse que he preferido sustituir los instintos por la razón. El caso de Felpudo no era el mismo. Él era un simple zombi más al que yo había cogido cariño. Por eso dudé cuando me miró taciturno, como pidiéndome permiso o clemencia para que le dejara marchar.

Después de meditarlo un buen rato —y no sin cierta dosis de pena en mi ulcerado corazón—, lo hice: le dejé partir. ¿Quién era yo para

hacerle ejercer de esclavo? Si lo que quería era irse con los suyos, estaba en su pleno derecho de hacerlo.

Aquella tarde el sol cayó en declive bañando la ciudad con matices ambarinos y cobrizos. En el infinito horizonte, un millar de zombis emprendieron su viaje hacia tierras desconocidas, al ritmo de un gran éxodo en perfecta armonía. Mi apreciado Felpudo iba con ellos: un inocente punto rojo que brillaba a lo lejos entre una multitud de cabezas huecas, marchándose para no volver jamás. Y por primera vez, desde hacía mucho tiempo, supe cuál era el verdadero valor de la compañía, pues volvía a estar solo.

Parte V

«¡Alegría, alegría! ¡Que la cena está servida!»

De esas mismas palabras me acordaba yo sentado en la mesa de aquel restaurante lujoso pero lleno de polvo, telarañas y sillas vacías, al que voy de vez en cuando aparentando tener algo de vida social.

«¡Alegría, alegría! ¡Que la cena está servida!»

Sí señor. Qué gran personaje era aquel maître que solía vitorearnos esta frase momentos antes de que el salón de banquetes del crucero donde yo trabajaba abriera sus puertas cada noche para las cenas de copete en alta mar.

Por aquel entonces, yo era un simple camarero veinteañero de uno de los barcos más ostentosos del mundo, perteneciente a una compañía italiana de alto renombre, y cuya flota cubría del uno al otro confín. A priori, iba a ser un trabajo a corto plazo. Sólo quería reunir dinero suficiente para poder viajar al extranjero y probar suerte.

Veréis, siempre fui de carácter bastante aventurero, espontáneo y decidido. No me asustaba el porvenir, y constantemente tenía los sentidos bien abiertos para poder cazar al vuelo las oportunidades que a menudo pasaban por delante de mis narices.

El buque no estaba nada mal, pero para nosotros —el servicio de hostelería—, sin embargo, era como una jaula de oro. Lujo y entretenimiento a raudales, de los cuales no disfrutábamos más que en nuestra íntima imaginación.

Todos los días me encontraba sirviendo refrescos en las cubiertas, bajo un sol de justicia, y con un uniforme cruzado de un millón de botones. Lo más emocionante que solía ocurrirme era servir sanfranciscos en copas de cristal a mujeres sesentonas con collares de perlas que, generalmente nadaban por las piscinas creyendo ser sirenas. Casi siempre solicitaban mi atención con una palmadita y enseñándome a la vez sus repelentes sonrisas de fumadoras de *Vogue*.

Por las noches era más llevadero. La gente cambiaba sus trajes de baño por sus trajes de gala. El glamour y la elegancia corrían al ritmo del descorchado de botellas de champán y vino tinto. Y la música del pianista acompañaba con sus suaves melodías las veladas más exquisitas para la gente más exigente.

Nosotros, los camareros, poníamos la guinda al pastel. En las cláusulas de nuestros contratos sólo había un párrafo escrito en mayúsculas, en negrita y subrayado tres veces: **EL EMPLEADO DE HOSTELERÍA DEBERÁ SATISFACER A LOS HUÉSPEDES A TODA COSTA SIN IMPORTAR SU RELIGIÓN, PROCEDENCIA O IDEALES POLÍTICOS.**

Es decir, que nuestra misión, aparte de asistirles en las cenas, consistía en hacerles la pelota y entretenerlos aunque nos fuera la vida en ello.

Para la mayoría de mis compañeros era un fastidio. Para mí... fue una oportunidad.

Uno de los aspectos a los que más importancia debía darle un empleado era a las críticas que los pasajeros rellenaban en una hoja al final de cada itinerario. En ellas anotaban desde la calidad de la limpieza de los camarotes hasta el trato recibido por el servicio del restaurante.

La diferencia entre recibir una crítica de una estrella o, de vez en cuando, de cinco era el despido automático o una palmadita en la espalda. De todas formas, si uno era capaz de conseguir lo improbable, la cosa ya cambiaba.

De treinta y ocho críticas en las que se hacía mención expresa de mi nombre en aproximadamente ocho meses, obtuve 184 estrellas. Haced cálculos...

Yo me tomaba ese párrafo del contrato al pie de la letra. Si un huésped me pedía, en su primer día de estancia, pan integral de Módena, no hacía falta que volviera a pedírmelo al día siguiente. Mientras servía mesas, estudiaba al detalle sus comportamientos, personalidades y gustos, luego los procesaba y los aplicaba correctamente en mi trato hacia ellos.

Recuerdo que una vez, en una de las mesas en las que yo servía, había un pasajero andaluz tremendamente simpático y guasón. Con

su bigote curvado y su pronunciada curva de la felicidad, me recordaba a aquel fontanero de boina roja que saltaba de muro en muro en ese videojuego tan famoso nacido en los años ochenta.

Por alguna extraña razón que sigo sin comprender, aquel buen señor se tronchaba de risa cada vez que escuchaba la *Quinta sinfonía* de Bethoveen. Pero entendedme bien, pues lo suyo no era normal. Su cabeza se ponía roja como un tomate y soltaba unas enormes carcajadas que ya quisiera el más aclamado de los cómicos conseguir de sus espectadores. Yo, conociendo su pequeño secreto, siempre me acercaba con disimulo a su mesa hasta que los dos nos mirábamos de reojo. Y él, consciente de lo que le esperaba, nada más verme ya procuraba aguantar la respiración, listo para explotar. Entonces yo me giraba de repente y, con esa característica y contundente melodía, entonaba el estribillo a plena voz con un poderoso:

– ¡¡¡TA TA TACHÁAAAN!!!

No había ni un solo pasajero que no inclinara la cabeza ante sus ruidosas risotadas. A menudo le costaba parar, y entre golpetazos a la mesa y toses provocadas por el alborozo, de vez en cuando solía soltarme algún: «¡Pero qué hijo puta ere...!»; de forma cariñosa, por supuesto.

Me caía bien. Lamentablemente, lo encontraron días más tarde, muerto de un infarto en su camarote mientras veía un concierto de música clásica por televisión. Por lo visto tuvieron que cerrarle la mandíbula con fórceps.

Al cabo de poco tiempo, mis esfuerzos dieron sus frutos; los de arriba se fijaron en mí, y no tardé en ser ascendido a personal de espectáculo.

Amigos, eso ya era otra historia: un auténtico olimpo destinado a unos pocos elegidos. Cambié las botellas de agua mineral por micrófonos, y el traje de pingüino, por camisas de seda siciliana. Mi labor pasó de tener que servir y entretener a la gente a divertirme con ella. Tan pronto organizaba una animada partida de bingo en uno de los salones del barco como me encontraba por la noche poniendo música en la cubierta, con cientos de manos aplaudiendo y de pies saltando al ritmo de luces con colores imposibles y de manguerazos de refrescante espuma blanca. Por supuesto, si antes no podía poner un pie en según qué instalaciones, a partir de ese momento adquirí

pleno derecho a usarlas. La gente me saludaba cuando me cruzaba con ella. Incluso a veces obtenía alguna que otra sonrisa de las chicas en bikini que se paseaban contoneándose por los solárium.

Como camarero, tenía un trabajo. Como personal de espectáculo, tenía una vida.

Gracias a Dios que era un buen corredor. Una noche fui a la habitación de una guapa muchacha venezolana. Me dijo que su padre —de profesión policía— volvería tarde, ya que normalmente se pasaba hasta las tantas gastando sus ahorros en el casino.

Jamás llegué a tocarla. Justo cuando me estaba desvistiendo, la puerta del camarote se abrió con un fuerte golpe.

—¡¡¡MARISA!!! —Chilló aquel gran hombre al ver a su inocente hija semidesnuda, tapándose con las sábanas de la cama de matrimonio y custodiada por un completo desconocido que, con sus partes íntimas al aire, se volvió hacia él sin terminar de quitarse la camiseta.

Para colmo, cuando su encolerizado padre le preguntó a pleno grito que qué cojones estaba haciendo, ella se giró hacia mí y, con total indiferencia, me soltó:

—¿Pues no te he dicho que es tonto...?

Eso fue la llama que hizo estallar la dinamita, el estornudo que despertó al monstruo.

Mis pies patinaban sobre mantequilla licuada a pleno sol mientras aquel gorila me perseguía maldiciéndome y lanzándome toda clase de objetos: zapatos, ceniceros que encontraba a su paso en las repisas de las paredes... incluso cuadros de un metro por cincuenta que colgaban por los estrechos y largos pasillos. Con una mano delante, una detrás, y varios kilómetros de barco a mis espaldas, al fin conseguí darle esquinazo, aunque las consecuencias de todo aquello os las podréis imaginar.

No tardaron demasiado en ofrecerme el pasaporte a tierra. Claro que a mí me vino bien. Por aquel entonces había ganado la suficiente experiencia y dinero como para poder permitirme viajar por el mundo, tal y como quise hacer desde un principio.

Fue una etapa estupenda de mi vida. Me pregunto qué habrá sido de todo aquello... ¿Será un barco fantasma lleno de zombis que surca los mares a la deriva? Quién sabe...

Hay que ver cómo son los recuerdos; me han asaltado de repente, cuando estaba a punto de saborear un trozo de cordero crudo que saqué de la cámara frigorífica de aquel solitario restaurante del que os he hablado hace poco.

«¡Alegría, alegría! ¡Que la cena está servida!», exclamé para mí mismo justo antes de llevarme un pedazo de carne despellejada a la boca.

Parte VI

Como buen italiano que soy, siempre me ha gustado vestir bien. Cuando vivía una vida normal, tan sólo pude permitirme un traje, y no era muy bueno que digamos. Ahora que estoy muerto puedo disponer de cuantos quiera sin tener que preocuparme por el precio. El problema es que ya no me sientan igual...

No importa. ¿Acaso ser un zombi implica ir siempre vestido con ropa pordiosera y hecha trizas? No señor. A mí, como a todo el mundo, me gustan los pequeños lujos. Además, dudo que el propietario de la tienda de Armani del Paseo de Gracia a la que regularmente acudo para probarme unos elegantes trajes de corte detallista salga de detrás del andrajoso mostrador para perseguirme con un garrote de púas de hierro. Así que, con la conciencia bien tranquila, suelo presentarme allí y subirme en aquel taburete de sastre, frente a tres largos espejos. Me pruebo distintas mudas mientras fantaseo que soy un agente secreto, al servicio de una organización cualquiera cuyo nombre sea una sigla de no más de tres letras. Luego observo mi cara y la magia se desploma hasta mis pies, pero, en fin, al menos paso un buen rato.

Una oscura tarde, el cielo empezó a mostrar el acercamiento de inmensos nubarrones negros que amenazaban con descargar una furiosa tormenta eléctrica. Viéndolo desde la ventana de mi piso franco, husmeé el liviano y húmedo aire y decidí que me apetecía pasear por mi ciudad vestido como un auténtico señor. Así que me encaminé a la tienda y me adueñé de un traje negro de alpaca, una camisa blanca de cuello inglés y unos bonitos y relucientes zapatos de charol, a juego con una corbata azabache que marcaba el polvoriento precio de trescientos euros.

¡Jesús, parecía que iba a un entierro! La ironía es que el muerto era yo.

Una vez listo, eché a andar sin prisas calle arriba, bajo la opacidad del firmamento. La suave brisa removía los escombros de un lado

a otro, recordando de forma tétrica que la ciudad estaba maldita. Kilómetros de asfalto agrietado quedaban cubiertos por una tímida capa de mala hierba que crecía sobre tierra baldía. Alzando la vista del suelo, únicamente podía verse un frente entrecruzado de casas y edificios solitarios en algunos de cuyos techos aún ardía un fulgor que transportaba un aroma a muerte y putrefacción.

Fui siguiendo ese aroma como un lobo que sigue un rastro en mitad de la noche. Mi corrompido cuerpo caminaba sin rumbo fijo, con las manos en los bolsillos, dejándose guiar por primera vez sólo por mi instinto.

¿Habéis estado alguna vez en un cementerio?

Generalmente es un lugar tranquilo porque no se muestra lo que hay debajo. Yo he visto lo que hay, y no es del todo agradable.

No tardé en averiguar de dónde provenía ese olor que me atraía tan férreamente como una orgía de sangre. Al llegar a la altura de la explanada que une la Diagonal con el inicio del gótico y estrecho barrio de Gracia, lo vi, aquel cementerio del que os hablaba. Cientos de cuerpos inertes yacían sobre el suelo en mil posturas diferentes, esparcidos a lo alto y ancho de la calle. Había de varios tipos: con uniforme policial, del ejército y civiles. Lo único que me permitió distinguir a qué bando perteneció cada uno fue fijarme en quién estaba encima de quién.

Aquello no eran los restos de una simple batalla. Aquello eran los restos de una auténtica carnicería.

No estoy seguro de que queráis saber cómo ocurrió. Pero, como dije en su momento, estoy aquí para contaros algo contundente, no descafeinado. Así que, si queréis omitir los detalles, simplemente pasad página...

Habrían transcurrido unos cuatro meses desde que los muertos habían vuelto a la vida. La ciudad estaba condenada pero aún resistía. Es una ley biológica infalible: cuanto más gente se concentre en un punto, más peligro exponencial ante un contagio habrá. Y Barcelona era una urbe poblada, jodidamente poblada.

La televisión aún funcionaba, y habitualmente se emitía en directo cada batalla contra el muerto viviente que se entablaba, con la vaga esperanza de que la próxima se saldase con la victoria. Pero nunca ocurría...

Recuerdo que ésa fue una de las pocas veces en las que seguí un enfrentamiento por televisión, resguardado en el centro comercial del que ya os he hablado en alguna ocasión.

El ataque en punta tenía que ser aplastante, letal y, sobre todo, fugaz, según decía el alcalde de la ciudad, que, apaciblemente, marcaba las directrices desde su refugio privado. Pero no fue ni una cosa ni la otra.

Dada su peculiar estructura, el de Gracia se había constituido como uno de los barrios fortaleza más seguros que quedaban. Sus estrechas calles y sus altos muros, con manzanas de trescientos metros de largo, permitían un cerco casi perfecto y una defensa sólida ante la invasión. Resultaba fácil la colocación de potentes barricadas, y a la vez se ahorraba recursos en ellas, pues no tenían que ser más anchas que un par de metros o tres, que era la distancia que había entre fachada y fachada.

Gracia se erguía como un auténtico gueto, con una distribución compacta y completamente diferente de la del resto de calles.

La idea de que una horda de zombis pudiera penetrar tales defensas era poco menos que descabellada, ya que, pasaran por donde pasaran, tendrían que cruzar a la fuerza por unos cuellos de botella protegidos en los que fácilmente podrían ser abatidos por los francotiradores de las azoteas.

Incluso las entradas de metro estaban bloqueadas según las necesidades de los refugiados. En breve entenderéis por qué.

Sí... el barrio era muy seguro ante invasiones externas. El problema fue que la invasión nació de dentro.

Aproximadamente, unas veinte mil personas se atrincheraban en un área de seis manzanas a lo ancho por cuatro a lo alto. Cuando la gente empezó a enfermar por causa de la gripe estacional, los recursos – alimentos y medicinas – descendieron de forma alarmante, y no quedó más remedio que comenzar a organizar diversos grupos de exploración, a los que llamaron «tripulantes».

En principio, la tarea de los «tripulantes» no tenía más finalidad que la de salir con un vehículo blindado desde el interior de los túneles del metro y saquear, distrito por distrito, la ciudad en busca de farmacias, restaurantes de comida rápida y tiendas de ultramarinos.

Eran misiones de cierto riesgo para las que se escogía siempre a los hombres más ágiles, no a los más fuertes.

Por lo visto, en una de las incursiones, uno de los «tripulantes» volvió con algo más que un simple catarro, alegando que la herida que exhibía en un brazo se la había hecho al romper una mampara de cristal para poder entrar en una tienda de comestibles. Al parecer le creyeron. Incluso cuando empezó a enfermar, no le dieron mayor importancia al asociar su malestar con el virus que circulaba por el suburbio desde hacía un tiempo. (La gripe y la zombificación muestran síntomas asombrosamente similares.)

Desgraciadamente, en el momento en que surgió el brote, ya era demasiado tarde. Si un virus como la gripe se expandió como la espuma por un barrio que parecía una lata de sardinas, «el mal del demonio» — como solían llamarlo las gitanas del lugar — se propagó como el fuego. Un fuego cruel e imparable que arrasó con todo: niños y ancianos, padres y hermanos... Si a eso le sumamos el debilitado estado de salud en que se encontraban previamente los refugiados, no resultará difícil comprender por qué no tuvieron ni una sola oportunidad de escapar.

Para cuando las autoridades fueron conscientes del suceso, ya habían pasado dos días. Al no saber con qué iban a enfrentarse, decidieron reunir a la mayoría del ejército que quedaba operativo por el norte de España — el cual no era mucho — y plantar cara a aquel nuevo desastre.

«Todavía podría quedar alguien con vida y todavía creemos en el patriotismo», declaró uno de los capitanes del pelotón cuando le entrevistaron brevemente antes de partir.

Quinientos treinta y siete hombres bien equipados y cuatro periodistas de guerra se reunieron en la explanada ante las puertas de la masacre — justo donde yo me encontraba meses después — esperando pacientemente mientras la muerte les sonreía. Desde su posición, y retransmitiendo en directo, se podía escuchar cómo miles de pasos se arrastraban intentando salir y reventar por la fuerza las mismas barricadas que antes impedían entrar.

Cuentan que el olor a orina que impregnaba el ambiente se podía cortar con un cuchillo.

Al fin, las compuertas cedieron con un fuerte estruendo y empezó el fuego cruzado. Los hombres disparaban, recargaban y retrocedían. Iban perdiendo terreno poco a poco ante la masa infinita de podridos, que no cesaba nunca.

Quinientos treinta y siete hombretones frente a más de veinte mil zombis cabreados, sin olvidar los que fueron llegando desde otras partes de la ciudad, atraídos por el espectáculo. ¿Os lo imagináis?

En un momento dado un soldado de tez robusta se plantó desgañitado delante de la temblorosa cámara y, entre disparos y explosiones, consiguió bramar lo siguiente:

— ¡Sacadnos de aquí, joder! ¡Son demasiados! ¡No podemos con ellos. Repito. No podemos con ellos!

Acto seguido, cayó fulminado al suelo a causa de una bala perdida que fue a estallar contra su cabeza.

Llegados a ese punto, la organización militar brilló por su ausencia. Cuantos menos humanos quedaban, más zombis había. Los soldados ya no distinguían amigos de enemigos, y empezaron a dispararse entre ellos o a todo aquello que se movía.

Fue el desastre más absoluto, rotundo y decisivo que haya vivido la resistencia de esta ciudad.

Como medida drástica, el gobierno — o de nuevo lo que quedaba de él — decidió mandar un F-14 y soltar ahí en medio una eficaz, aunque carísima, bomba termoeléctrica, que achicharró el cerebro de cualquier cosa que se moviera en un radio de cinco kilómetros.

Ni siquiera nosotros, que estábamos en el otro punto del mapa, dejamos de notar semejante holocausto.

Después de este incidente, dieron Barcelona por perdida, y podría decirse que al país entero con ella.

Os lo he dicho; a nadie le gusta saber cómo pierden los suyos. Yo fui capaz de plantarme ahí, de pie, y contemplar sin pestañear ese océano de gente muerta porque podía permitírmelo. Soy imparcial. Como un juez que observa desde arriba y no está de parte de nadie. Cabalgo entre ambas razas, pero no pertenezco a ninguna.

Reconozco que, de no ser así, no lo habría soportado.

En fin, pude haberme marchado, pero decidí caminar entre los fiambres y merodear por los restos de la civilización. ¿Morbo? No lo creo. Más bien fisgoneo. Total, no tenía otra cosa mejor que hacer.

Me llamó la atención el cadáver en el suelo de una mujer vestida con un velo negro, como si se hubiera puesto esas ropas para hacer algún tipo de ritual antes de infectarse.

Y entonces la lluvia estalló de repente, con millones de gotas que se iluminaban de forma intermitente debajo de la cegadora tormenta. El sonido de los truenos retumbó con intensidad sobre aquel cementerio de cuerpos mutilados.

Volví a dejarme llevar por mis instintos. Con mi traje nuevo – y ahora empapado –, agarré a aquella doncella de atuendo oscuro por la cintura y el brazo y, cerrando los ojos, moví un pie y luego el otro. Seguidamente empecé a bailar con ella bajo el azulado resplandor de los relámpagos. Un réquiem funerario resonó en mi cabeza mientras danzaba al compás de la propia muerte, fundiéndome en un solo ser con aquella completa desconocida sin alma. Nuestros pies cabriolaron sobre un manto de piel y huesos por el que mi pareja se dejaba llevar tan delicadamente como si fuera un bonito cuadro y yo el marco que la sostenía.

Después de todo, sí que estaba en un entierro, y fue una hermosa forma de honrar a los difuntos.

El primer contacto que tuve con un humano de verdad, desde hacía por lo menos cinco meses, sucedió mientras daba vueltas seducido por mi propio rito fúnebre, lo que hizo que me parara en seco.

Fue una niña. Una niña de rubia melena y cara embarrada, de unos siete años de edad. Estaba ahí, de pie, a unos escasos treinta metros de distancia, inmóvil bajo la lluvia mientras contemplaba la lúgubre danza.

Por unos momentos no supe cómo reaccionar. Deposité con suavidad a mi acompañante en el suelo y me quedé quieto, sin hacer ni un solo movimiento, mirándola a los ojos con la misma expectación con que ella me observaba a mí.

Lentamente alcé la mano para saludarla, pero ella tan sólo me observó durante unos segundos más y luego dio media vuelta, echando a correr hacia el interior de las abandonadas calles de Gracia.

¿Quién era esa niña? ¿Por qué no se fue corriendo nada más verme?

Esas respuestas tendrían que esperar, pero enseguida supe que yo era el mayor de los monstruos; un híbrido difícil de comprender y de encajar en este nuevo mundo, pues contengo lo peor de ambas partes: un cuerpo que se pudre y una mente que piensa demasiado.